

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. DE QUIROS, Directora

SAN JOSE, COSTA RICA, América Central



El Nacimiento del Niño Dios

¡Oh cuán triste condición la del ser humano!
 ¡Humánase el Hijo de Dios y empieza la carrera en miserable pesebre! Y mientras tanto, **arriba**, los Angeles cantan en libertad de movimiento; y **abajo**, el Rey mismo de los Angeles, *humanado*, preso— aunque entre los divinos brazos de su Madre— está sujeto a un pesebre, sin libertad alguna!.....

ELADIO PRADO.

CONTENIDO:

	<u>Página</u>
Editorial.—Noche Buena. . . Sara Casal Vda. de Quirós.	1329
Leyenda de Noche Buena Marcelle Brimicombe.	1330
Noche Buena Constancio C. Vigil.	1332
El arbolito de Navidad. Margaret Sangster.	1333
Noche Buena Isabel Carrasco Tomasetti.	1339
Bethlehem Fray Lope de Vega Carpio.	1340
De Noche Buena Rogelio Sotela.	1341
Diciembre María.	1341
Recetas de Cocina Digna Casal de Solari.	1342
La Expatriada Novela por M. Delly.	1343

Lo mejor para **SUS NIÑOS**

VEA EL NUEVO E INMENSO SURTIDO DE

JUGUETES

— DE LA —

LIBRERIA ALSINA

JOSEF SAUTER & CIA.

Bettina de Holst

Frente a "La Tribuna"

Nos llegó género de encaje crudo y encajes bellisimos para ropa interior.
Variadísimo surtido de guantes muy elegantes. Cuellos y pieles para abrigos.
Gran variedad de collares. Cintas de terciopelo en bellisimos y variados colores.

Lanas para tejer. Pajas estilos nuevos para sombreros.

Velos variadisimos para la cara.

REVISTA COSTARRIGENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 25 de Diciembre 1932

Suscripción Mensual
de cuatro números:

₡ 1.00

DIRECTORA
Sara Casal v. de Quirós
Apartado 1239
Teléfono 8707
OFICINA: 126 varas al Este
del Seminario,
Calle de La Soledad

EDITORIAL

Noche Buena

HAY muchas fiestas en el año, pero ninguna tan linda como la Noche Buena, y elto se debe a que es más una fiesta para los niños. Es el día más feliz para ellos. Lo aguardan todos los días del año, se hacen ilusiones con lo que les traerá el Niñito Dios. Felices los niños que tienen padres ricos; ellos reciben todos los juguetes que le piden al Niño Dios en sus encantadoras cartitas.

Cuando se hacen remembranzas del pasado, esas emociones de las Noches Buenas en las que nos acostábamos cuando niñas, emocionadas esperando que llegara el momento del despertar del nuevo día para ver todas las sorpresas que nos dejaran los angelitos que le ayudan al Niñito Dios a ponerle los juguetes a los chiquitos buenos; esas emociones no se olvidan y se guardan en el corazón como un tesoro sagrado que nos acaricia dulcemente cuando las recordamos.

La vida es una cadena de recuerdos: unos tristes, otros alegres, otros intensamente felices; bien, los recuerdos de las Noches Buenas pasadas en el hogar son de estos últimos. ¡Quién no recuerda con placer intenso la alegría de los hijos, de los sobrinos, con los juguetes que con tanta ilusión se compraron pensando en la dulce impresión que harían en ellos! Y es tal la preocupación de los niños que se despiertan antes de amanecer y algunos casi no duermen, pretendiendo sorprender al Niñito Dios, y verlo poniéndoles los juguetes. A media noche se levantan y comienza la bulla, suenan las cornetas, tocan los tambores y pitos, ponen a correr los autos, los trenes, a volar los aeroplanos. Todo es felicidad para ellos, dichosa edad en la que no se piensa más que en ser felices, en la que se ignora que existen días muy tristes en la vida, en que los recuerdos de los días felices hacen más intenso nuestro dolor.

Debiéramos olvidar las tristezas de la vida y no pensar más que en ser felices en el día de Noche Buena para unirnos al concierto universal, para entonar cánticos de alegría, para dar acciones de gracias al Dios Bueno que se complació en hacerse Niño para dejarnos ese recuerdo que nos hace felices hace siglos.

En todos los hogares debe celebrarse la Noche Buena con entusiasmo, para que los hijos recuerden las noches pasadas con sus padres y hermanos, en los que todo era unión, paz y alegría. Noches inolvidables, en las que se amaba más intensamente, en las que impresionaba todo: los vientos de Diciembre que llenan el alma de esperanzas y alegrías, la luz de la luna que nos parece que se une a nuestras ilusiones y su brillo nos parece más diáfano como si quisiera transparentar ese inmenso cielo y dejarnos ver ese más allá tan esperado de nuestras almas y a donde nos esperan nuestros seres queridos.—Las estrellas brillan con lujo de colores y sus titilaciones parecen reflejos de las miradas de los ángeles del cielo.

Todo es bello en el mes de Diciembre; los pájaros también se unen a nosotros para cantar sus himnos al Creador, las flores se abren con esplendor, derramando su aroma que llega a perfumar a todos, a ricos y a pobres. En pocos países se goza de un clima y de una naturaleza tan hermosa como en Costa Rica, ni frío intenso, ni calor sofocante y en este mes el frío que nos llega del Norte nos hace la ilusión de estar en otro país.

Y es tal la influencia que ejerce en las almas este mes de Diciembre que vemos a todos felices, ricos y pobres, en espera de la felicidad que Dios concede a los que le aman con intenso amor y tienen gran confianza en su infinita misericordia.

Amemos al Dios Niño, esperemos en El, seamos humildes y buenos, tratemos de ser mejores, hagamos el bien, seamos caritativos, compartamos nuestros humildes haberes con los pobres y de seguro que el día de Navidad del 1933 será menos angustioso que el de este año.

REVISTA COSTARRICENSE se complace en desear para sus numerosos suscritores una Noche Buena muy feliz y día de Navidad lleno de muy gratas impresiones.

Sara Casal Vda. de Quirós

Leyenda de Noche Buena

Por MARCELLE BRIMICOMBE

En las islas Scilly gózase de un clima privilegiado. Su vegetación es la de las regiones meridionales, encontrándose allí palmeras, áloes, cactus, y sus plantas de fucsia y de geranio alcanzan una altura sorprendente. Sus habitantes, en el número de 4.000, dedícanse casi todos al cultivo de primicias frutales y de las flores primaverales, especialmente los junquillos.

He aquí la hermosa leyenda que cuentan los habitantes de aquellas islas respecto al origen del clima ideal de que gozan hoy día, pues no siempre fue así: Antiguamente, las islas Scilly eran áridas y barridas por las tempestades y los vientos huracanados, muy frecuentes en aquellos parajes. La temperatura era de las más rigurosas, y los habitantes, casi todos pescadores, vivían en miserables chozas construídas de paja y lodo. El único edificio de piedra que allí había era el castillo, verdadera fortaleza que, en la principal de las islas, dominaba la tierra y el mar. Sobre sus ruinas edificóse más tarde el castillo que existe actualmente.

En una de aquellas miserables cabañas vivía, no se sabe de qué, una pobre mujer, Marie Fisher, con sus cuatro hijitos. Su marido, un pescador, habíase ahogado en el mar al iniciarse la primavera, y durante todo el verano vióse a la pobre viuda—seguida por su prole—errar por entre rocas, sobre las agudas piedrecillas del camino, en busca de algunos mariscos que pudieran servirles de alimento. Los vecinos, que apenas tenían lo suficiente para ellos mismos, al principio de ocurrida la desgracia de la pobre mujer, priváronse de algunas de las cosas más necesarias a fin de poder socorrerla. Pero sabido es que se cansa uno de

todo... y en aquella noche, víspera de la fiesta de Navidad, la desdichada madre, acurrucada en su triste choza, lloraba sin consuelo escondiendo la cabeza entre sus manos. Allí no había fuego para calentarse ni pan para saciar el hambre de sus pequeñuelos...

Antes de acostarse, repartió entre ellos la mitad de un pequeño pan negro, que una vecina caritativa le había dado, pero los niños, aun hambrientos, miraban ávidamente la mitad del pan que su madre guardaba, suspirando, en la hucha. Ella nada había comido en todo el día, pero aquel trozo de pan representaba la comida del día siguiente para sus hijos... ¡Ay Dios...! ¿No irían a morir de frío y de hambre?... ¡Morir en el día de Navidad, que es la fiesta de los niños, de los pobres y de los humildes, de todos aquellos que sufren...!

¡No, eso no podía ser! Enderezóse, súbitamente resuelta a hacer una última tentativa... Iría hasta el castillo en busca de algún socorro... Cierta era que el castellano era cruel y duro con los pobres, y que los criados, tomando por modelo a su amo, eran arrogantes y malvados... Pero, quizá, en aquella noche, víspera de Navidad, la piedad entraría en sus corazones...

Aseguróse de que sus hijitos estaban profundamente dormidos, y luego, arrojando sobre sus hombros una delgada pañoleta, partió temblando de frío y de desesperación...

Caminaba muy ligero, luchando contra el viento que soplaba tempestuosamente, y casi sin aliento llegó a la puerta del castillo. El puente levadizo estaba bajado para dar paso a los pescadores que debían asistir a la misa de medianoche que todos los años se celebraba en la capilla de la señorial mansión. Marie enca-

minóse directamente hacia la cocina, donde la servidumbre reunida entregábase a las tareas de preparar la cena de Nochebuena. Un fuego inmenso iluminaba el recinto; un cordero entero asábase allí, y sobre las mesas veíanse preparados los más succulentos manjares. La pobre mujer quedó deslumbrada y sofocada... Uno de los pinches de cocina la vió de pronto y con voz destemplada le gritó:

—¿Qué haces ahí, harapienta?

—Mis hijitos... mis hijitos... no tienen qué comer...—balbuceó la infeliz.

—¡Ah...! ¿Y crees que aquí tenemos tiempo que perder escuchándote? ¡Fuera de aquí, inmediatamente!

En aquel preciso momento apareció en la puerta de la cocina la alta figura del castellano en persona... Con voz estentórea gritó:

—¡Y bien, hato de haraganes! ¿Qué esperarás para servir...?—pero la palabra se detuvo en sus labios al percibir a la mendiga. Duramente preguntó:—¿Quién es esta mujer?

—¡Oh, señor, no tenemos la culpa de su presencia aquí! La estamos echando a la calle y no quiere irse...

—¿Que nó...?—bramó iracundo el castellano—¡Ah, espera un poco, bribona! ¡Aquí, Black...! ¡Aquí, Bruin...! ¡Ksss...! ¡Ksss...! ¡Atrapadla...!

Y la pobre madre, enceguecida por el horror, presa del pánico, salió a escape sin saber para qué lado tomar, mientras que dos enormes bulldogs la perseguían feroces... Al salir al gran patio vió ante sus ojos agrandados por el terror la puerta abierta de la capilla iluminada y corrió allí a refugiarse. En un ángulo del coro divisó un pesebre, y corriendo a arrodillarse delante comenzó May a orar con todo el fervor de su alma. Hablábale a la Virgen como podría haberlo hecho con una amiga o con una hermana... Rezó largamente, y luego, sintiéndose menos abandonada y extrañamente confortada, emprendió el camino de regreso a su humilde morada. El viento soplabá cada vez con más fuerza, la nieve caía incesantemente, y cuando la mísera mujer traspasó el umbral de su puerta sonaban las doce campanadas de medianoche.

May no se acostó. ¿Para qué...? ¡De todos modos no podría dormir...! ¡La tempestad que rugía afuera nada era en comparación a la desesperación que destrozaba su corazón!

De pronto un golpe en la puerta hízola sobresaltarle. May se levantó y fue a abrir. Sobre el umbral la figura de una mujer permanecía inmóvil...

—Entrad...—invitó May a la desconocida, y frotando la yesca encendió el trocito de sebo que le servía de vela.

—Tengo frío... tengo hambre... y estoy empapada...—dijo la pobre mujer;—¿puede usted darme asilo por esta noche?

Mientras hablaba sacaba de debajo de su gran capa azul a un niño recién nacido que se había dormido contra su seno.

May sintióse invadida por una inmensa piedad al ver a aquella madre, más digna de lástima aún que ella; invitándola con el gesto a pasar adelante, sacó de la hucha el trozo de pan que allí guardara poco antes. Partiolo en dos partes iguales y alcanzó uno a la extranjera, volviendo a guardar el otro para sus hijitos. Muy pronto la desconocida comió el suyo.

—Aun tengo hambre...—dijo luego.

Con un hondo suspiro, sacó May nuevamente el último trocito de pan dándoselo a su visitante. Cuando no quedó ya ni una miga, levantóse la mujer:

—Mi hijo y yo tenemos necesidad de dormir...—anunció quedamente.

—Mi lecho es bastante ancho, y podremos perfectamente dormir los tres—aseguró May; acostóse al lado de la extranjera y no tardó en dormirse, cansada y extenuada por las peripicias de aquel día.

Al corto rato extinguióse la pobre luz, y, no obstante, un extraño fulgor seguía resplandeciendo en la humilde estancia. Esta luz emanaba del lecho en el que se habían tendido la mendiga desconocida y su hijo. Sú-

Obleas Antigripales

Fórmula del Dr. Durán

El mejor tratamiento para
resfriados, influenza, gripe, etc.

Botica LA VIOLETA

San José, Costa Rica

bitamente levantóse aquélla... Deslizándose por el piso, más bien que caminando, atravesó la habitación; acercóse hasta la gran chimenea, como en busca de algo; no encontrando allí ningún zapatito, cortó un trozo de su manto azul y lo dividió en cuatro pedazos. Suspendió estos cuatro pedazos de su manto al pie de la cama en que reposaban los cuatro hijos de May... Tomó luego a su hijo e hízole tocar con la punta de su piecico estos cuatro trozos azules, que inmediatamente se transformaron en cuatro medias, llenas hasta el borde de toda clase de golosinas y de juguetes. En seguida, colocó la manecita de su hijo sobre la hucha vacía, y ésta desbordó de pan... Tocó también la leñera, y ésta llenóse de grandes trozos de leña mientras que, suspendido de un clavo de la chimenea, apareció un gran jamón. Después de esto, salió y desapareció en medio de la noche...

Cuando en la siguiente mañana—la mañana del día de Navidad—despertaron los habitantes de la isla, creyeron soñar o transportados de pronto al mes de mayo... El aire era suave y embalsamado por la fragancia de miles de flores... La nieve que había caído durante la noche habíase transformado en fragantes junquillos que cubrían toda la isla con

su deslumbrante blancura... Pero el arrogante castillo, desplomado, destruido bajo la furia del ciclón que en la noche anterior devastara las islas, no era ya más que un triste montón de ruinas, bajo las cuales yacían, sepultados, el castellano, su familia y todos sus servidores.

Únicamente, y como por acción de un milagro, seguía en pie la capilla, y todos los habitantes de la isla acudieron a ella, en procesión, para agradecer a Dios el haberlos preservado de la muerte y de la ruina. Y May reconoció entonces en la Santa Virgen del pesebre a la mendiga que llamara a su puerta en busca de asilo... Contó la historia de aquella divina visita, y les hizo ver los cuatro trozos del manto de María...

Entonces, los humildes pescadores comprendieron que se había producido un gran milagro en su favor, y en su recuerdo dieron el nombre de Santa María a aquella isla, dedicándose desde entonces al cultivo de la tierra fértil.

Y fue así que a partir de aquel día todos los niños de las islas Scilly adquirieron la costumbre—como más tarde los de Inglaterra y de todo el mundo—de colgar a los pies de sus lechos sus medias para que el Niño Jesús fuera a llenarlas de juguetes y de golosinas.

Noche Buena



aconteció que, estando ellos allí, se le cumplieron los días en que había de dar a luz, y tuvo a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en el pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.» Nace un niño y muere otro a cada golpe que da la sangre en nuestras arterias, y si la humanidad está hoy de fiesta porque nació un niño hace 1932 años, forzoso será creer que ese niño inolvidable ha sido algo inmensamente grande.

Creció y fue siempre humilde sin dejar de ser siempre valiente hasta el supremo heroísmo; fue pobre hasta no tener dónde reclinar su cabeza, pero prodigó a raudales los tesoros de más precio: enseñó, alivió, curó, rondando incesantemente por aldeas y ciudades, hasta que al fin lo mataron aquellos «en quienes no cabía su palabra.»

Como alguien le dijera «Maestro bueno», El repuso: «¿Por qué me dices bueno? Ninguno es bueno, sino uno, Dios». Mas, si El ni siquiera quiso que un solo hombre le llamara bueno, bueno le han dicho y bueno le dirán tantos millones de hombres, como arenas tiene el mar.

CONSTANCIO C. VIGIL.

El Arbolito de Navidad

Por MARGARET SANGSTER

En la primera Nochebuena después de que la madrecita los dejara solos, encendieron los dos hermanos la vela de colores que colocaron en la más grande de las ventanas que daban a la calle.

Y juntos, mientras las lágrimas velaban sus ojos, procedieron a adornar los verdes ramos del arbolito con los oropeles dorados y plateados; no lo hacían porque sus corazones sintieran la alegría de la Navidad... ¡Ah, no! Las lágrimas que derramaban buena fe daban de lo contrario. Pero sentían a su lado el espíritu de la madrecita, insistiendo en que lo hicieran así, porque la Navidad y la alegría debían siempre ir juntas, diciéndoles que una vez que se olvidaran de la Navidad, habíase también disipado la juventud.

¡La madrecita había amaado tanto estas fiestas! Para ella siempre habían representado mucho más que meros ceremoniales; para ella significaban las ocasiones de hacer la felicidad y la alegría de sus hijos. Cuando los mellizos eran pequeños—rosados y regordetes, llevando siempre pantaloncitos algo raídos y zapatitos muy usados—hacía toda clase de sacrificios para poder proporcionarles una hermosa Nochebuena.

Sufría el viento, el frío, con su tapadito delgado, para que ellos pudieran tener luego dulces y tortas de Navidad. Privábase de lo más necesario para que sus hijitos pudieran, durante las fiestas, gozar de la alegría de tener juguetes.

Era viuda; era de salud frágil y no muy eficiente, y se dedicaba a coser para que sus hijos conociesen las alegrías de la vida. Pudiera ser que no siempre fuera capaz de darles lo que más necesitaban, pero nunca dejaba de velar porque tuvieran alegría. ¿Qué importaba si sus trajes eran usados, mientras pudiera haber una flor sobre la mesa? Este era el credo de la madrecita.

Y aunque muchos criticaban este sistema, resultó ser muy bueno; pues mientras los otros muchachos de su edad abandonaban el hogar paterno para vivir sus propias vidas, los hijos de la viuda permanecían a su lado, en las

crudas noches de invierno, leyéndole cerca del fuego de la chimenea. No salían de paseo con las chicas de brillantes ojos que más de una vez los miraban alentadoramente, pero en vez de eso, con riente y alegres celos, rivalizaban en atenciones para la madrecita.

Y que fueran muchachos "caseros" no significaba en absoluto que no tuvieran éxito en su vida de negocios. A los treinta años habían ya conseguido los mellizos el derecho de firmar importantes cheques y de recibir, gravemente, los respetuosos saludos de los dignatarios del pueblo.

¡Encontrábanse tan contentos los mellizos de poder proporcionar tapados de piel a su madre durante los últimos años! Y rosas frescas, tanto en el invierno como en el verano, que adornaran sus habitaciones. Y cuando llegaba la Navidad, y sus ajadas mejillas se coloreaban por la emoción y la alegría, el arbolito adornábase con los objetos más hermosos y costosos; y siempre había medias que llenar con regalos y una vela que colocar en la ventana.

Pero en aquella Nochebuena—la primera después de su muerte—les fue muy duro a los mellizos poder seguir con la costumbre implantada por la buena madre. Y llegó un momento en que Ralph—el de los ojos azules y dulces—apartóse del arbolito con un sollozo contenido y preguntando:

—¿Por qué..., con qué objeto hacemos todo esto? ¡"Ella" ya no está con nosotros!

EL IRIS

Recibió las últimas novedades parisienses en sombreros para señoras y niños, para todos los gustos y precios, y carteras de cuero muy elegantes y baratas.

Medias chiffon de la afamada marca «SUPERSILK» en los colores de moda.

Preciosos calcetines de seda y algodón para bebé.
Elegantes bolsitas de seda y gamuza negras.

E. VELAZQUEZ C., Sucs.

Contiguo a la Iglesia del Carmen

TELEFONO 2286

Y fue Yerry—el de los ojos grises, el de la barbilla algo más firme que la de su hermano—el que dijo, aunque con evidente esfuerzo:

—Podría sentirse apenada... si no siguiéramos esta costumbre... Podría creer que hemos olvidado lo que nos enseñó durante toda su vida.

Los ojos azules de Ralph fijáronse con cariño en su hermano; apoderóse de su mano, y apretándola fuertemente, dijo:

—Siempre, siempre..., durante toda nuestra vida, tendremos un arbolito en la Nochebuena. ¡Siempre! Será en memoria de ella...

Y de esta manera, año tras año, adornaron su arbolito en la Nochebuena. Y aunque al pasar dos, tres años, el recuerdo de su juventud se desvaneciera en algo, no por eso dejaban de tener siempre rosas en aquellas habitaciones que habían sido de la madre.

Y aunque ella ya no estaba allí, la casa entera parecía aún retener un espíritu suave y femenino. Esto fue así hasta el momento en que entró en ella Alicia...

* * *

Fue Ralph el que la condujo a aquella casa en que vivían él y su hermano. Sin ningún aviso, ninguna preparación, llevóla allí, en una tarde, cuando aún no se habían encendido las lámparas en las habitaciones. Había estado ausente por negocios durante más de un mes de su casa y de la oficina que compartía con su hermano; y éste, al oír el sonido familiar de la llave de la puerta de calle, corrió a su encuentro con una exclamación de bienvenida en sus labios que expiró en

ellos al presentarse ante sus ojos dos siluetas en vez de una sola que él esperaba.

Prodújose un silencio algo molesto. Y fue durante este momentáneo silencio que Ralph súbitamente cayó en la cuenta de lo caro que puede ser un hermano para el corazón del otro: deseó entonces de todo corazón no haber apresurado tanto las cosas, y, por lo menos, no haber dejado de enviar un telegrama explicatorio.

Y en medio de la tensión del momento fue Alicia la que habló. Fue ella la que tomó la iniciativa, diciendo con una voz clara y fresca:

—¡Es usted Yerry, y yo soy Alicia!... Por supuesto, este nombre nada puede decirle; pero —tendióle una mano fina y amistosa— ¡soy la esposa de Ralph!

Yerry adelantóse algunos pasos tambaleando. La sorpresa que experimentaba casi lo privaba de la palabra; sin embargo, tomó entre las suyas aquella mano fina y tan fría como la voz de la joven.

—¿Cómo..., cómo es esto?—dijo aturdidamente.

Y fue entonces Ralph el que habló con una voz que en vano trataba de hacer aparecer preocupada:

—Alicia y yo nos casamos ayer mismo—dijo.—Ha sido muy repentino, Yerry. Yo... yo no tuve tiempo de hacértelo saber. Te diré..., fue resuelto en el último momento... en el momento casi de la partida que comprobé que no podría vivir sin ella...—y sus brazos rodearon cariñosamente los hombros de su joven esposa.

Hemos dicho ya que Yerry tenía una barbilla muy firme y que sus ojos grises eran muy

FLY-HOOTCH

La higiene es la base de la salud y ésta la base de la felicidad de los hogares.

Destruya usted con FLY-HOOTCH los zancudos, moscas, chinches, alepatos, que son los transmisores de las enfermedades contagiosas.

Distribuidor;

UN RADIO

ES INDISPENSABLE EN CADA HOGAR

Le brinda a usted la oportunidad de escuchar la mejor música de todo el mundo; un radio PILOT, es el mejor aparato que usted puede poseer. Puede Ud. tener una magnífica demostración y demás informes de nuestros radios en el

Teléfono 3460 **ALMACEN VILLALOBOS** San José, C. R.

profundos; sería quizá por esto que fue el que primero dominó la situación, tratando de reponerse de la inesperada novedad.

—Es así, viejo, como suceden estas cosas... —dijo con un timbre de voz que a él mismo le pareció extraño,—repentinamente...

Alicia volvió a hablar:

—Nos conocimos con Ralph hace apenas un mes—informaba ella a su cuñado;—yo era la secretaria privada de la persona con quien tenía que tratar de su negocio. Me invitó a almorzar...; luego, otro día, a tomar el té, y... —rió alegremente—al principio ni nos dimos cuenta de que nos habíamos enamorado el uno del otro; fue realmente—siguió riendo con risa fresca y cristalina—a último momento cuando...

Yerry tuvo bastante fuerza de voluntad para abstenerse de mayores demostraciones de sorpresa.

Ni siquiera observó que se encontraba herido y decepcionado por esa falta de preparación; por el hecho de no haber podido estar presente en la ceremonia. Pero su bondadosa sonrisa no abandonó ni por un momento su rostro y con voz placentera dijo:

—Bueno, viejo..., me has pasado por alto en este asunto tan importante... Ya verás..., haré lo mismo contigo cuando llegue el momento. Pero ahora me parece mejor que lleves a tu esposa arriba, para que puedan prepararse para la hora de cenar. Yo, mientras tanto, avisaré a la cocinera...

De pronto sintióse Ralph desconcertado; algo confuso, preguntó:

—¿Y dónde..., dónde la llevaré? Quiero decir..., ¿a qué habitación?

—Pues..., a la nuestra—repuso Yerry alegremente.—Creo que es la habitación más conveniente para ustedes.

Alicia, segura de sí misma, dirigióse ya con aire resuelto a la escalera que conducía al piso superior, pero Ralph permanecía aún indeciso.

—Pero... ¿y tú, Yerry—preguntó,—dónde... dónde te instalarás?

—¡Oh!—apresuróse a contertar aquél—yo... yo tomaré—su voz tembló algo—la habitación de nuestra madre... por un tiempo.

* * *

Alicia acostumbróse muy pronto a ocupar el primer puesto en aquella casa. En la primera noche de su llegada la conversación en la mesa fue animada y brillante; los azules ojos de Ralph resplandecían en la alegría del momento; los ojos grises de Yerry, en cambio, no estaban tan alegres como de costumbre, sin que por eso dejara de mostrarse atento y amable. Pero era Alicia, por cierto, la que dominaba la conversación; era ella la que formulaba un sinnúmero de preguntas, a las que casi todas contestaba ella misma.

—Creo—dijo, en el momento de presentar la cocinera un excelente café—que me decidí por fin a casarme con Ralph, más que todo, por el cuadro que él me hacía de la solitaria vida que llevan ustedes aquí. Considero que es imposible vivir sin que haya una mujer en la casa. Confieso que creí encontrar esto todo embarullado... con calcetines sin zurcir sobre las sillas y jabón de afeitar sobre los aparadores... ;Y cuando Ralph abrió la puerta no pude dar crédito a mis ojos! Todo tan arreglado... y con flores por doquier.

Yerry trató entonces de explicarle.

—Cuando muchachos, acostumbrábamos a ayudar en lo que podíamos a nuestra madre en su trabajo de la casa, antes de que nos fuera posible tomar sirvienta. Y así nos hemos acostumbrado a ser ordenados y arreglados. Y nuestra madre no podía vivir sin flores.

Alicia rió un poco. Aquella risita molestó algo a Yerry... de la misma manera que lo molestara desde el primer momento en que la oyera.

VESTIDOS EXTRANJEROS

de última novedad, muy finos,
para señoras y señoritas, recibió

LA TIENDITA

de doña CLAUDIA DE GARRON

CONTIGUO AL GARAGE ALFARO

TELEFONO 3395

—¡Oh!—decía Alicia.—Las flores son, por cierto, encantadoras en su sitio; pero no son necesarias... Ralph me ha hablado ya mucho de vuestra madre; debe haber sido una personita singularmente acriaturada. Hace ya varios años que ha muerto, ¿no?

Desconcertado, trataba Ralph de encontrarse con los ojos de su hermano, el que, por su parte, trataba de evitarlo. Fue después de un largo silencio cuando Yerry dijo:

—Nuestra madre... Sí, quizá tenga usted razón; tenía la singular ingenuidad y el candor de una criatura. Pero ni Ralph ni yo nos hemos podido acostumbrar a considerarla muerta.

Yerry había decidido más de una vez tomar un departamentito en uno de los barrios más modernos del pueblo, pero la muda súplica que leía en los ojos de Ralph habíale hecho siempre desistir del propósito. Una súplica que jamás se traducía en palabras... y a la que su hermano únicamente podía contestarle permaneciendo en la casa y siempre pronto a ayudarle cuando fuera necesario.

¡Tantas cosas habían cambiado! Todo, todo iba paulatinamente desapareciendo, lo que había contribuido a dar a todas las habitaciones ese espíritu tan encantadoramente femenino, sutilmente alegre, que a cada paso les recordaba a la madrecita.

Los antiguos retratos ovalados de familia, que adornaban las paredes, habían desaparecido, las alfombras de los pisos desaparecieron también. Las delicadas cortinitas de muselina floreada, hechas por las manos temblorosas de la madrecita, debieron ceder su lugar a otras más modernas y costosas.

No era que fueran feas... ¡De ninguna manera!, y Yerry bien lo comprendía así. Esperaba con el tiempo acostumbrarse a los cuadros nuevos, a las cortinas y alfombras nuevas, al nuevo juego de té que diariamente veía ahora sobre la mesa del desayuno, en vez de aquel antiquísimo de plata, que acostumbraban a usar desde los tiempos de la madrecita.

* * *

Al acercarse la época de las fiestas de Navidad no pudo menos Yerry que preguntarse de qué manera las pasarían...

¿De qué manera decidiría Alicia que las festejaran? Alicia, que se burlaba de todas las

costumbres anticuadas, que se reía de ellas con esa risa cristalina y fría que le era propia... Alicia, que encontraba las flores y los regalos para los aniversarios demasiado costosos e inútiles... ¿Qué diría Alicia de esas navidades tan juveniles que acostumbraban festejar los dos hermanos, en recuerdo de la madrecita? ¿Qué diría de aquella vela de colores que colocaban en la ventana para iluminar y guiar al Niño Dios en su camino?

Seguramente que trataría de hacerles recordar que no eran ya chícuelos, sino hombres serios, que no debían pensar en tales tonterías... Seguramente que no podría ni remotamente comprender que todo aquello no era sino un tributo a una querida memoria...

Yerry preguntábase todo esto, pero no lo mencionaba delante de su hermano ni de su cuñada. Sencillamente esperaba. Y en la semana antes de Navidad, salió de dudas. Fue Ralph el que primeramente habló de ello diciendo alegremente a su hermano:

—Hoy he estado buscando arbolitos...

Alicia dirigióles una mirada sorprendida y repitió:

—¿Arbolitos?...—como si no comprendiera en realidad el significado de la palabra.

—¡Tontuela!—exclamó Ralph.—Me refiero a arbolitos de Navidad. ¡En este año tendremos el más grande y el más hermoso de todo el pueblo!

—Supongo que chanceas—dijo tranquilamente Alicia;—siempre he considerado que los árboles de Navidad son la cosa más tonta del mundo. Toda la casa se pone en desorden a causa de ellos; ensucian las alfombras y sus adornos cuestan un dineral. En casa nunca se nos ha ocurrido tal cosa.

—Pero a nosotros sí, queridita—dijo Ralph;—a nosotros jamás nos ha faltado un arbolito para Navidad—y comenzó a explicar a su mujer que no podría imaginarse una Nochebuena sin adornar un arbolito. Pero ella lo interrumpió con impaciencia:

—Me parece que no falta nada para que ustedes dos—esto lo decía mirando a Yerry y no a su marido—me cuenten que acostumbraban aún colgar sus medias...

Ralph se ruborizó, pero Yerry repuso con calma:

—Así es; siempre lo hemos hecho.

Alicia rió con la indulgencia que podría hacerlo una maestra del Kindergarten.

—Es una verdadera suerte para ustedes dos que haya venido yo aquí a tomar el manejo de la casa... En cuanto a ustedes dos, nunca habrían dejado de ser muchachos grandes... Pero—prosiguió con entonación terminante—no volveremos a hablar de un arbolito.

Pero Ralph no quería darse por vencido.

—Pero siempre, siempre hemos adornado un arbolito en la víspera de Navidad—dijo muy dulcemente;—nuestra madrecita amaba mucho la Nochebuena y todo lo que se relaciona con ella. Seguramente deseará que sigamos con la tradición que ella nos inculcó...

Alicia no había vuelto a hablar de la madrecita desde aquella primera tarde de su llegada a aquella casa. No era lerda para entender ciertas lecciones. Su voz era amable, llena de indulgencia, al decir:

—Vuestra madre está ahora en un sitio en donde ya las Nochebuenas no tienen tanta importancia.

Ralph y Yerry se miraron.. y en los ojos de ambos se leía el recuerdo de cierta conversación que tuvieron entre ellos en la primera Nochebuena, después de la muerte de la madrecita, en la que suponían todo lo contrario. Yerry trató de conservar un tono ligero al decir:

—Después de todo, es una hermosa costumbre ésta de adornar un arbolito; y ayudar también a pasar la víspera de Navidad...

Alicia dijo inmediatamente:

—Yo ya tengo mis planes hechos para pasar la víspera de Navidad. Iremos a un concierto; ya tengo compradas las entradas.

Aparentemente habíanse resignado a pasar la Nochebuena fuera de casa, en aquel concierto de que les hablara Alicia. Sólo que cuando llegó el momento de prepararse para salir después de cenar, súbitamente Ralph quejóse de un insoportable dolor de cabeza.

—Será mejor, viejo—dijo Yerry,—que nos quedemos entonces en casa contigo...—pero antes de que Alicia pudiese asentir, volvió a decir Ralph con impaciencia:

—Lo que quiero es estar solo... ¿No entiendes que me duele horriblemente la cabeza? Lo único que deseo es no tener que hablar y estar completamente solo.

Alicia colocó su fina y fresca mano sobre la frente de Ralph.

—No tiene fiebre... y ya que no quiere tenernos a su lado, ¿por qué hemos de perder el concierto, Yerry?

—¿Estás seguro, viejo, de que no nos necesitarás para nada?—preguntó éste antes de contestar a su cuñada.

—Me parece que ya tengo edad de saber lo que digo...—la voz de Ralph denotaba verdadero fastidio;—váyanse tranquilos al concierto.

Durante toda la noche, mientras oía los números del concierto, pensaba Yerry en su hermano y en la madrecita. Y en otras Nochebuenas... Y mientras la música de los hermosos coros esparciase por el ambiente, cubriase los ojos representándose escenas de otrora, cuando aun encontrábase la madre entre ellos...

¡Ah! Si su sitio hubiese ido a ocuparlo una mujer con algo más de comprensión por las alegrías de la vida... con algo menos de materialismo...; Qué necesario es a veces en la vida mantener las ilusiones!

No habló mucho durante el camino de regreso y Alicia burlábase amablemente por su falta de conversación. Encontraron a Ralph dormido en el sofá de la salita; habíase puesto su cómoda bata y Alicia aconsejó a Yerry hacer lo mismo.

—No quiero despertar a Ralph—decía en voz baja;—el pobre está descansando tan tranquilamente que será lo mejor dejarlo dormir aquí...; de otro modo, podría volverle el dolor de cabeza.

Yerry asintió diciendo que sería lo mejor y que él traería una manta de su habitación para cubrirlo algo más.

Al disponerse a subir las escaleras, preguntó Alicia con algo de vacilación:

—Yerry..., ¿crees que Ralph es feliz? ¿Crees que soy una buena esposa para él?

Y Yerry contestó de la manera que sabía esperar ella que lo hiciera.

—Por cierto, Alicia—aseguró a su cuñada,—Ralph es muy feliz a tu lado.

Pero después de algunos minutos, al regresar en puntillas para colocar la manta sobre las piernas de Ralph, no encontrábase ya tan seguro de la veracidad de sus palabras;

y al inclinarse sobre su hermano, sintióse súbitamente muchísimo más viejo que aquél...

De pronto permaneció con la manta en el aire, sin llevar a cabo su propósito de cubrir con ella a su hermano, pues éste acababa de abrir muy lentamente los ojos, mientras que colocaba un dedo sobre sus labios recomendándole silencio.

La manta cayó al suelo y Ralph levantóse sigilosamente del sofá. En extremo sorprendido siguióle Yerry en dirección a la cocina; y sólo cuando hubo cerrado la puerta de ella con todo cuidado, dió Ralph luz y comenzó a hablar en voz muy baja.

—Mira...—murmuró, señalando a la mesa de la cocina.

Y Yerry vió allí un lindo arbolito, de ramas verdes y puntiagudas, que aun faltaban adornar.

A su lado vió cajas conteniendo esferas de cristal, oropes plateados y dorados, cerriones imitando la nieve...

—Todo esto lo compré esta tarde—explicó Ralph,—lo dejé en la puertita trasera y Ana, la cocinera, lo entró mientras ustedes estaban en el concierto. Luego me desvestí y, después de colocarme la bata, pretendí estar dormido cuando entraron.

—Pero—interrumpióle sonriendo Yerry—¿y tu dolor de cabeza?

—Un invento para esta especial ocasión—confesó, también sonriendo, Ralph.

—Yerry—dijo Ralph en voz baja:—Alicia es mi esposa y yo la amo... y de ninguna manera quisiera verla disgustada o desgraciada. Pero tú y yo debemos cumplir un voto... algo como una promesa hecha a nuestra madre...

Y juntos colocaron la vela encendida en la ventana de la cocina; juntos, y mientras la luz del recuerdo de la madre iluminaba sus ojos, adornaron el arbolito, dejando sus verdes ramas alegres y resplandecientes, tal cual lo hicieran en años anteriores. Y tan absortos encontrábase en su tarea, que no oyeron que se abría la puerta de la cocina... Sobresaltáronse al oír una voz clara y fresca:

—Al no oír volver a entrar a Yerry a su habitación, temí que algo pasaría con Ralph... —no pudo seguir hablando, y por primera vez desde que Alicia entrara a aquella casa, vaciló y tembló algo aquella voz, tan fría de

ordinario. Pues de pie en el vano de la puerta, y vestida con una bata azul que hacía resaltar su blancura, había visto el arbolito.

—¿Qué... qué es—balbuceó—lo que estáis haciendo?

¿Qué era, en efecto, lo que hacían? Los mellizos se miraron turbados, viéndose de pronto a sí mismos como debía verlos Alicia. Dos hombres grandes ocupándose aún con cosas de chiquillos... con un montón de juguetes resplandecientes... Yerry fue el que habló primero.

—Seguramente—comenzó a decir con mucha suavidad—creerás que somos dos tontos... que hemos perdido el juicio. Pero, Alicia, lo que tratábamos de hacer era no molestarte con nuestras niñerías. Ni siquiera te habríamos hablado de esto... Tan pronto como hubiésemos terminado de adornarlo, habríamos llevado al arbolito al... sótano. Ni lo habrías visto... No pensábamos llevarlo adentro para no ensuciar las alfombras.

—Y no creas, querida—tomó Ralph la palabra,—que te culpemos por tu modo de pensar... Pero... debes comprender que es en recuerdo a nuestra madre que no podemos pasar la Nochebuena sin un arbolito... ¡Amor mío... oh, amor mío—exclamó de pronto,—¿qué es lo que pasa?...

Pues su mujer, sin moverse de su sitio, había comenzado a sollozar amargamente. Grandes lágrimas que corrían por sus mejillas daban cuenta de que a ella había llegado por fin la comprensión.

—¡Qué dura, qué cruel y tonta he sido!—decía con voz entrecortada por los sollozos; de pronto, en un impulso irresistible, extendió sus brazos a su marido.—¡Oh! cómo, cómo había de imaginarme nunca que un arbolito era de tanta importancia para ustedes!

Y mientras Ralph rodeaba con sus brazos a su mujer, no veía sino a ella..., pero Yerry alcanzaba a ver los contornos de otra silueta entre las sombras, una frágil y delicada silueta que satisfecha erguía su blanca cabeza, sonriéndoles alegremente...

DE BUEN HUMOR

—Papá, ¿qué quieren decir las tres S. S. S. que pones al final de cada carta?

—Siempre serás salvaje.

Noche Buena

Por ISABEL CARRASCO TOMASETTI

—“Todo es inútil, señora, sólo un milagro...” Fueron las últimas palabras del médico, que se retiró gravemente. La madre, atolondrada, llena de angustia el alma, miró hacia la cunita donde se extinguía una vida.

Una lámpara, velada por una pantalla rosa, esparce por la habitación una dulce claridad. Reina profundo silencio, sólo interrumpido por el monótono tic-tac del reloj.

Luego, sentada al lado de la cuna, contempló el gesto anhelante, la respiración angustiosa, la ansiedad inexplicable y suprema que se adivinaba en la pálida carita contraída del pobre ángel que dormía; mientras su pensamiento estaba lejos de allí, iba tras la figura del médico, con su cara seria y severa, sin un átomo de emoción!... Tantas veces había visto la muerte de cerca!... En efecto... ¿Qué importa cada caso individual de la gran colectividad humana?... Y esto era la ciencia; esto era lo maravilloso, lo grande del poder humano que se estrellaba ante lo desconocido y se cruzaba de brazos, impasible y resignada ante el Destino, ante esa fuerza abstracta e incomprensible!... Y éste era el prodigio, esto lo grandioso de los conocimientos humanos que no podían salvar un alma, una pequeña almita infantil sin preocupaciones ni tormentos; un pequeño corazón sin brumas en la conciencia!...

Evocó la figura del médico, que se le antojó horrible y odiosa; tétrico fantasma de pesadilla cruel, que pronunció las fatales palabras sin un acento de tristeza, de piedad hacia esa almita de cristal que se escapaba del frágil cuerpecito y sin piedad tampoco para aquella madre que se quedaba tan sola y tan triste...

Quizás a esas horas, en su casa, sentiría las caricias de unas manecitas de azucena y las argentinas carcajadas de un ángel inocente y juguetón!...

Con la vista fija en la cunita, pensaba en tantos enigmas que ofrece la vida. ¿Por qué la muerte deshoja con sus dedos fríos y esqueléticos el lirio inmaculado del alma de los niños?... ¿Por qué en sus almitas claras y límpidas como las mañanitas llenas de sol de la

primevera, penetra el fantasma sombrío del dolor, restando energías a sus vidas, martizando poco a poco sus débiles organismos?...

Miró hacia la ventana. Fuera, la luna ascendía lentamente bajo la comba luminosa del cielo, cuajado de innumerables estrellas que titilan enigmáticas, las nubes extienden sus velos de nieve, las ingentes montañas azulosas, dibujan con trazos imprecisos sus siluetas lejanas sobre la vaguedad del horizonte y en el aire frío y sutil de aquella noche de Diciembre venían rumores lejanos, rumores confusos: de los silenciosos bosques, de las aguas dormidas bajo el milagro lunar, de las hojas secas y marchitas que rodaban por el suelo y ecos de voces y cantares que llegaban hasta ella tristes como sollozos y que se entraban en su alma llenándola de indecible tristeza.

Era el 24 de Diciembre. Era Nochebuena. Y los rumores de los cantos que traía la brisa perfumada con místicos perfumes de incienso, azahares, nardos y rosas, inspiróle deseos de reclamar ante el Dios niño un poco de dicha para ella, ya que aquellos sin penas ni preocupaciones podían cantar alegres...

Cayó de rodillas ante la cuna y sus labios se movieron musitando oraciones.

* * *

Rezó mucho... A veces, con la vista fija en alguna de las estrellas que parecían enviarle su luz tibia y melancólica, evocaba en su mente el blanco camino de Belén, la pequeña casita como un punto negro en medio del desierto, el mísero establo donde sonreía placidamente Jesús y el brillante titilar de la estre-

Dr. Alexis Agüero

MEDICO CIRUJANO

OCULISTA

De la Facultad de Medicina de París

Oficina: 75 varas al Norte
del Correo.

Teléfono 2712

lla derramando su luz irizada y melancólica entre la nieve que brillaba con reflejos azulosos al quebrarse sus rayos en ella. Su alma también se volvía niña y temblorosa, llena de fe, oraba, oraba...

* * *

La luz vacilante de la lámpara se extinguió. Por la ventana penetró un rayo de luna que llenó de una suave y azulosa claridad la estancia. El niño, despertando, llamó dulcemente:—Mamá, mamá... La madre lo abrazó llorando y riendo al mismo tiempo... le veía tan bueno ya!... ¿se salvaría?... El niño sonrió mansamente como si contemplara algo invisible, algo sobrenatural que lo llamaba y lo atraía.

Con sus azules ojos perdidos en el suave resplandor lunar, miraba y reía con la roja boquita entreabierta, donde asomaba la doble hilera de los dientes menudos y blancos como perlas y que brillaban con reflejos de marfil.

La madre, asustada, temblorosa, llena el alma de un temor indefinible, incierto, extraño, lo sostenía y le pasaba las manos cariñosamente por entre las hebras de oro de su cabello.

La campana de la iglesia vecina derramó sobre el silencio de la clara noche perfumada las místicas sonoridades broncíneas de sus lentas campanadas, y cual a un conjuro mágico, volvió el niño a dormir plácidamente, cerráronse sus azules ojos, sus rubios cabellos esparciéronse sobre las almohadas como un nimbo de luz y su respiración volvió a ser tranquila y pausada después de la horrible crisis.

Estaba salvado. El Dios niño había oído sus súplicas, habíale concedido la preciosa vida que había querido escaparse de su lado.

En el aire, poblado de armonías vienen los alegres cantos de Navidad, de las gentes bulliciosas que pasean por las calles desiertas, bajo la luna, la falsa alegría de sus vidas...

Y llena de humildad, de fe, de una alegría indefinible que le impedía hablar, cayó de rodillas ante los astros luminosos de la noche, como ante un altar... La luz de la luna la bañó como una bendición y dos lágrimas rodaron silenciosas por sus mejillas...

Bethlehem

Repastaban sus ganados a las espaldas de un monte de la torre de Belén los soñolientos pastores alrededor de los troncos de unos encendidos robles, que restallando a los aires daban claridad al bosque, cuando las oscuras nubes de sol coronado rompe un capitán celestial de sus ejércitos nobles. Atónitos se derriban de sí mismos los pastores, y por la lumbre, las manos sobre los ojos se ponen. Los perros alzan las frentes y las ovejas corren, unas por otras turbadas, con balidos desconformes, cuando el nuncio Soberano las plumas de oro descege, y enamorando los aires les dice tales razones:

“Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra a los hombres; Dios ha nacido en Belén en esta dichosa noche. Nació de una pura virgen; buscadle, pues sabéis dónde, que en sus brazos le hallaréis, envuelto en mantillas pobres”. Dijo, y las celestes aves, en un aplauso conformes, acompañando su vuelo dieron al aire colores. Los pastores, convocando con dulces y alegres sonos toda la sierra, derriban palmas y laureles nobles. Ramos en las manos llevan, y coronados de flores, por la nieve forman sendas cantando alegres canciones. Llegan al portal dichoso, y aunque juntos le coronen racimos de serafines, quieren que laurel le adorne:

La pura y hermosa Virgen hallan diciéndole amores al Niño recién nacido, que Hombre y Dios tiene por [nombre.

El Santo Viejo los lleva adonde los pies le adoren, que por las cortas mantillas los mostraba el Niño entonces. Todos lloran de placer; pero ¿qué mucho que lloren lágrimas de gloria y pena, si llora el Sol por dos soles? El santo Niño los mira, y para que se enamoren, se ríe en medio del llanto y ellos le ofreci sus dones. Áíma, ofrecedle los vuestros, y porque el Niño los tome, sabed que se envuelve bien en telas de corazones.

FRAY LOPE DE VEGA CARPIO

Diciembre

Mes bello; mes de los geranios, de los lirios y rosas, de los *churrístates* y *pastoras*. Parécenos oír en todos los ecos de la naturaleza una voz dulce y acariciadora que nos dice al oído: preparáos, quitad de vuestro espíritu el ropaje de las malas costumbres, de los vicios horribles, para que dejando diáfana vuestra alma, pueda celebrar la fecha inmortal y gloriosa; el cumpleaños del Niño Dios, que trajo la luz y la redención. Mes amado de todas las generaciones en el que el Niño Dios, prende en todos los hogares, las cenefas aurinas de la esperanza, de la ilusión y de la alegría.

Ricos: acordaos de los que os ayudan a haceros ricos con su trabajo honrado. En esta fecha acordaos de abrigarlos y darles su premio para que tengáis, como dice Marden, el corazón puro y la conciencia sin remordimientos, única felicidad en este valle de lágrimas. ¿Cómo podéis ser felices en Noche Buena habiéndoos portado avaros con vuestros servidores y hermanos? No esperéis a que la justicia divina os castigue con la ruina o con enfermedades incurables. Haced el bien en esta fecha para que tengáis en vuestros bienes y familia, la bendición del cielo y de los pobres.

MARÍA.

A los suscritores que salen a veranear

Les suplicamos avisarnos su dirección para enviarles la revista, esperamos que durante la temporada les sea muy útil y amena. Las recetas de cocina serán apropiadas a la vida de campo.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

De Roma

Me llegaron Rosaritos de las Llagas y Rosarios comunes.

En la tienda de Clemencita Echeverría los pueden conseguir.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS



De Nochebuena

(Para la distinguida señora doña María de Sauter)

*¡Oh pobre niña triste que allí estás aterida!
si no tienes payasos que te alegren la pena,
escucha las campanas de la Pascua Florida
que es canto del Niño y para todos suena...*

*El gárrulo bullicio de la alegre avenida
y el frú frú de las sedas da un rumor de colmena...
¡Oh pobre niña huérfana... es que tuñe la Vida
sus crótalos de oro para la Nochebuena!*

*No estés triste; es un himno que canta la alegría
en el florecimiento bendito de este día.
Mira, la vida es buena... y el mundo está hoy en flor!*

*Ven, deja tus botitas también bajo la cama
que el Dios Niño a los tristes de corazón, les ama
y en vez de una muñeca les mandará su Amor!*

ROGELIO SOTELA.

NOTA.—El clisé con que encabezamos esta página es un artístico grabado en madera hecho por el simpático e inteligente joven don Gilbert Laporte.

LA GLORIA

Ha llegado gran variedad de telas bellísimas, en todos los precios y para todos los gustos.

Abrigos y vestidos para señora, última novedad.

E. CRESPO & CIA.

Teléfono 2404

Recetas de Cocina

A cargo de doña Digna Casal de Solari
Profesora de Cocina graduada en Bruselas

BOMBONES DE DATILES Y NUECES

Se pelan media libra de nueces y se les quita la cascarita fina que está adherida a la nuez, se muelen muy bien en una máquina de moler maíz, además se muele media libra de dátiles, se mezclan ambas cosas muy bien y se les va dando la forma de confites; se pone a derretir media libra de azúcar sin agua y meneándolo constantemente con una cuchara de madera hasta que esté derretido el azúcar. Se coloca cerca del fuego la olla con el azúcar y se van echando con unas pinzas o con un tenedor los confites preparados, uno a uno, luego se van colocando con mucho cuidado en platonos untados de mantequilla para que no se peguen, y cuando están [fríos se colocan en hojitas de papel, y se sirven.

Las uvas, dátiles enteros, fresas, se envuelven en este caramelo, quedando transparentes y de muy bonita apariencia.

PACIENCIAS

Media libra de harina, 150 gramos de azúcar molido, una copa de vino tinto, 4 yemas, 60 gramos de mantequilla; se mezcla todo bien, se extiende con el bolillo en una mesa untada de harina; se cortan galletas y se van colocando en una cazoleja untada de mante-

quilla, y se meten al horno con calor regular, hasta que estén doradas. Y se guarda en cajas bien cerradas.

CARAMELOS

Media libra de azúcar, media de cacao y un poco de agua. Se mezcla todo y se pone a hervir despacio, meneándolo bien despacio, pero siempre hacia el centro de la cacerola; se sabe que está de punto, echando una gota en un platito con agua fría y si se forma inmediatamente un caramelo que al partirlo con los dientes suene, entonces se echa este caramelo en una cazoleja bajita untada de mantequilla o aceite; cuando está frío se frota con un poquito de aceite para darle brillo, luego se parte en la forma que se quiera, como en cuadritos, etc., y se envuelven en papel de seda.

DE BUEN HUMOR

Tocayos de nuevo cuño. — Diga osté señor curro, ¿quiere osté que vayamos juntos a los toros? Dicen que son de lo güeno que han salfo de mi tierra, tocayo.

Iremos en buena hora señor don Casimiro; pero, ¿porqué me llama usted tocayo?—preguntó el otro, levantándose las gafas para mirar a su interlocutor.

Porque si yo me llamo Casi-miro, y osté casi no ve, discurro yo que somos casi tocayos.

Cuide sus ojos

Valen mucho

Nosotros le daremos los anteojos que Ud. necesita después de hacerle un examen científico

Consultorio Optico Rivera

Frente al Hotel Costa Rica

Teléfono 3347

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

La Expatriada

(Continuación)

Pero no era el príncipe Milcza a quien ella había hasta entonces conocido, sino el del retrato que vió en París. Tenía razón su madre: habíase rejuvenecido. ¿Debíase tal impresión al corte elegante de sus cabellos, algo extraño o descuidado antes; al discreto refinamiento de su traje, antes sencillamente correcto, pero sin responder a las exigencias de la moda, o bien a su continente más vivo, más decidido?... ¿O tal vez consistiría en la más dulce expresión de su rostro y a la ausencia de aquel amargo pliegue de sus labios, de aquella sombría tristeza de la mirada que Mirtea pudo observar todavía, aunque atenuada e intermitente, durante la víspera de la pasada Navidad?

La joven podía contemplarlo ahora a su sabor, pues se había detenido en medio del salón contiguo, echando una mirada en torno suyo... Y sucedíale a Mirtea que ahora no se atrevía a avanzar, sobrecogida de extraña turbación ante aquel príncipe Milcza, tan distinto de ser, doliente e irritado, que tan profundamente conmovió el alma caritativa de la joven.

El príncipe vió pronto, sin embargo, la esbelta silueta vestida de negro que se dibujaba en la claridad atenuada del aposento inmediato, y súbitamente lanzó una expresión gozosa, a la vez que avanzaba vivamente, tendidas las manos.

—¿Mirtea..., por fin, gracias a Dios que la veo! ¿Sabe usted que tengo grandes ganas de dirigirle algunos reproches?

A la vez que hablaba así con tono de júbilo contenido, el príncipe inclinábase y llevaba a sus labios la mano de la joven.

—...Pero le permito formular su defensa, primita mía; rehúsome condenarla antes de oírla.

El príncipe sonreía dulcemente al mirarla... Y Mirtea encontraba en aquella mirada, pero más intensa todavía, la radiación que la había sorprendido en el retrato del palacio Milcza.

Dominando la profunda emoción que le embargaba, la joven refirió entonces la causa que había motivado su retraso.

—¿Bien sospechaba yo que había de existir un motivo de esa índole, santa Isabelita! Ya,

siendo así, no me atrevo a quejarme de la decepción que he sufrido.

—¿Pero y usted, Arpad?... ¿El hombro?...

—Marcha todo lo bien posible. He sufrido mucho esos días pasados; por eso he retardado cuarenta y ocho horas mi llegada... Pero, vamos a ver, lleguémonos a plena luz, Mirtea; deseo observar si tiene usted mejor semblante que la víspera de Navidad en Viena... Sí, creo que esa temporada en Nápoles le ha probado... A menos que sean los aires de Voraczy los que han producido ya ese efecto...

—Tal vez—contestó sonriendo la joven—; Ha sido tanta la satisfacción que he experimentado al volver a encontrarme aquí!

—Y yo también, Mirtea. Tenía prisa por alejarme de París, de regresar a esta morada..., a pesar de los punzantes recuerdos que en mí evoca.

Alteróse un poco la voz del príncipe, y cruzó por su mirada una dolorosa vislumbre.

Los grandes ojos de Mirtea expresaban también una emoción profunda ante la evocación del pasado, tan cercano todavía ante aquel dolor paternal, suavizado y resignado ahora, pero que no desaparecería del corazón del príncipe Milcza.

El ensombrecido rostro del joven magnate distendióse, sin embargo, prontamente ante aquella mirada luminosa. Y estrechando la mano de la joven, que conservaba entre las suyas, díjole afectuosamente:

—¿Gracias por el alivio que me procura usted, Mirtea! En mis horas de desfallecimiento, de negra tristeza, acordábame de mi primita, tan valerosa, tan dulcemente alegre a pesar de las dolorosas pruebas que han afligido su juventud. Dios le ha concedido a usted un don inapreciable al convertirla en una de esas hadas bienhechoras que derraman la luz en torno suyo, la dulce y radiante luz de su alma pura. Los pobres corazones afligidos iluminanse con sus efluvios... Per eso los desdichados la quieren a usted tanto, Mirtea...

La joven murmuró, ruborizándose:

—¿No diga usted locuras, Arpad!

El príncipe sonrió emocionado, y repuso:

—¡ Bueno! ; Admitamos que lo sean!... Ahora, es preciso que cumpla las comisiones que me encargaron. ¿ Las señoras Millon le han escrito tal vez participándole que había ido a visitarlas?

—Sí... ; Oh, cuán bueno ha sido usted, Arpad!—dijo Mirtea con una expresiva mirada de gratitud—. ; Amados padres míos!... ; Pensó usted en su tumba!

—¡ Pero si eso era lo menos que podía hacer!... Y me complació muchísimo conocer esa morada en que vivió usted tantos años, lo mismo que a las excelentes personas que en tan alto grado la apreciaron a usted..., y continúan estimándola igualmente; bien me convencí de ello. Sienten una verdadera y entusiasta admiración por la señorita Mirtea, y me encargaron mil afectuosos recuerdos. El niño Juanito quiere venir a verla. Es un gentil muchacho, algo endeble, algo paliducho... Me hizo pensar en mi adorado angelito, que casi tendría su edad este año...

La sombra dolorosa veló de nuevo las pupilas del príncipe Milcza.

Con suma discreción, Mirtea supo alejar el pensamiento penoso que abría la herida apenas cerrada. Cuando la condesa y sus hijas entraron en el salón, vieron al príncipe Arpad apoyado en la chimenea, escuchando regocijado y con verdadero interés el relato que le hacía Mirtea, sentada enfrente de él, de sus relaciones con las señoras Millon y de los entusiasmos "democráticos" del marido de Albertina.

Mirtea pudo observar también, como le había dicho la condesa Gisela, el cambio del príncipe respecto de su familia. Sólo para Irene conservaba algo de su altanera frialdad de otro tiempo. No podía decirse que fuera afectuoso, pues las ceremoniosas relaciones siempre existieron entre él y los suyos, que nunca se mostraron propicios a la expansión de ese sentimiento; pero no demostraba ya la glacial indiferencia de antes y aún le manifestaba cierto interés amable... Renato, sobre todo, fue por parte de su hermano objeto de particular atención.

Llamando cerca de sí al muchacho, dijole, poniéndole una mano en el hombro:

—Ahora me ocuparé de ti, Renato. Quiero que seas un hombre serio, digno del nombre que llevas.

Renato bajó la frente con aire temeroso, y la condesa Gisela, cuya fisonomía expresaba una especie de azoramiento, balbuceó:

—Pero, Arpad, temo... que esto sea una gran molestia para ti... Y verdaderamente, creo que, dada la edad de Renato, puedo yo todavía...

El príncipe sonrió algo irónicamente.

—Tranquilece usted su ternura maternal, madre mía. No renovaré para Renato las antiguas correcciones... a menos que, en casos graves, me obligase a ello. Estoy, al contrario, dispuesto a tratarlo con dulzura y quiero atraerme su afecto... ¿ De veras te doy miedo, Renato?—añadió al observar la expresión temerosa del muchacho.

—Sí..., un poco—balbuceó éste.

—¡ Ah, tontuelo!—dijo el príncipe, dando un amistoso bofetón en la mejilla de su hermano—. Estoy persuadido de que nos llevaremos muy bien... ¿ Qué dice usted a esto, Mirtea?

—Creo que será así—respondió la joven, animando con una sonrisa a Renato.

La condesa Zolanyi no parecía estar, sin embargo, muy persuadida; pero no se atrevió a protestar. No obstante, como el maestresala acababa de anunciar la comida, murmuró, poniendo la mano en el brazo que le ofrecía su hijo mayor:

—¿ Pero no lo pondrás a pensión, Arpad?

—No es cuestión de esto, madre mía, y le suplico que no se inquiete usted por mis proyectos encaminados al bien de Renato, cuyo carácter, algo difícil, será bueno que lo dirija una mano masculina. Pero no me permitiré nunca tomar una determinación, por poco importante que sea, sin la completa aprobación de usted.

Al oír esta declaración, que no se hubiera atrevido a esperar en otro tiempo, serenóse la fisonomía de la condesa.

* * *

La sala de los Banquetes estaba magníficamente iluminada; espléndidas flores cubrían la mesa decorada con maravillosa porcelana de Sévres, transparentes vasos de cristal fragilísimos y vajilla de plata cincelada con delicado arte.

(Continuará)

Noche Buena

Sube, sube, campanero,
A la torre de la iglesia
Y repica las campanas,
Que esta noche están de fiesta
Los ángeles en el cielo
Y los hombres en la tierra.
Los cierzos del Guadarrama
Silban en la chimenea,
Y la nieve cubre el monte
Y la colina y la vega,
Y hasta en el rojo tejado
De mi casita blanquea;
Pero verás cómo pongo
En el hogar otra cepa,
Y junto a la cepa un jarro
Del tinto de mi bodega,
Y entonces dejo que caiga
Toda la nieve que quiera,
Y que los cierzos helados
Silben en la chimenea,
Que ni la nieve ni el cierzo
Harán en mi cuerpo mella
Sirviéndome de resguardo
Y dándome fortaleza
Chispas de vino por dentro,
Chispas de fuego por fuera,
Que vino y fuego esta noche
En los hogares chispean.
Campanero, toma un jarro
Del tinto de mi bodega
Y bébelo, y luego sube
A la torre de la iglesia,
Y tocando las campanas
Hasta que rompas la cuerda,
Lanza un «hosanna» bendito
A los cielos y a la tierra,
Que, campanero del alma,
esta noche es Nochebuena.

II

¡Gloriosa Virgen María,
Madre y abogada nuestra,
Qué alegre el pueblo cristiano
Tu alumbramiento celebra!
Ya la paz entre los hombres
De buena voluntad reina,
Que el fruto de tus entrañas
Es el mensajero de ella.
Esta noche el hijo pródigo
Que por el mundo se fuera,
Torna al hogar de sus padres
Lleno de amor y obediencia
Y amor y misericordia
Le reciben a la puerta.
Esta noche el desterrado
Que vaga en lejanas tierras
Ve en su triste corazón
Renacer con dobles fuerzas
El santo amor a la patria
Que en su corazón muriera,
Y a la tierra que maldijo
La ingratitude viendo en ella
Hoy su bendición envía
En una oración envuelta.
Lo mismo en la humilde choza
Que en la morada soberbia,
Blancas espirales de humo

Hacia los cielos se elevan;
Son el tributo de gracias
Que dan a la Providencia
Los animados hogares
Donde la abundancia reina,
Que el pobre tiene esta noche
Gracia de Dios, en su mesa.
El viento del Guadarrama
Que silba en la chimenea
Me trae los santos cantares
Que en todas partes celebran
Tu bendito alumbramiento,
¡Gloria de cielos y tierra,
Sagrada Virgen María,
Madre y abogada nuestra!
Campanero, sube, sube,
A la torre de la iglesia,
Y tus «hosanna» de gozo
El universo estremezcan,
Que a cumplirse van los santos
Vaticinios del profeta,
Que, campanero del alma,
Esta noche es Nochebuena.

III

Nada me falta en el mundo:
Tengo salud, tengo hacienda,
Y tengo el alma tranquila...
¡Dos mío, bendito seas!...
Bebamos, pues, y brindemos
Con este sabroso néctar,
Como brindaban mis padres
Que Dios en su gloria tenga.
«¡Porque el Señor nos reuna
Muchas noches como esta!»
¡Así era el solemne brindis
De mi padre en Nochebuena,
Y así de la santa madre
Que tengo bajo la tierra!
Yo no puedo repetirlo,
Que la soledad me cerca,
Que de padres y de hermanos
Sólo el recuerdo me queda,
¡Que unos me robó la muerte
Y otros me robó la ausencia!
¡Padres y hermanos del alma,
Quién os viera, quién os viera
En este hogar solitario
Donde muero de tristeza!
¡Parece que os estoy viendo
En derredor de esta mesa:
Aquí, a la diestra, mi madre,
Mi padre aquí, a la siniestra,
Allí, enfrente, mis hermanos,
Aquí mis hermanas, bellas,
Y sobre todos el ángel
Del amor y la indulgencia!
Baja, campanero, baja,
De la torre de la Iglesia,
O con el toque de gloria,
El toque de muerto alterna,
Que esta noche es para mí
La noche de las tristezas,
Que esta noche es noche mala
Y esta noche es Nochebuena.

ANTONIO DE TRUEBA.

*Ya viene la Nochebuena
Con su vecina la Pascua:
Para unos es noche buena,
Para otros es noche mala.*

PARA NOCHE BUENA

tenemos un enorme surtido de
JUGUETES y otros objetos de utilidad, muy apropiados
como regalos a sus niños, a los precios más bajos de plaza.

VISITE USTED NUESTRA GRAN EXHIBICION

LIBRERIA LEHMANN (Sauter & Co.)

Use bombillos **EDISON MAZDA**

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

GRAN FABRICA DE MOSAICOS **Adela v. de Jiménez e Hijos**

Construcciones, Cemento, Mosaicos,
Balaustres, Materiales de Construcción

Ferretería - Taller Mecánico

Piedra Quebrada

Teléfono 2278

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA»,
de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»,
de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131

Madres

DEXTRO MALTO

Es el mejor alimento para su niño

Su precio bajo, lo pone al
alcance de ricos y pobres.

Dr. M. FISCHEL & Co.
Apartado 434 - San José

COCINAS ELECTRICAS **THERMA**

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073



QUESADA Y AMADOR

FABRICA DE ESCOBAS

La más antigua

Gran variedad de cepillos
para todos los usos
del hogar.

Detrás del
Colegio Superior de Señoritas

TELEFONO 2879